



(II)

● De la desilusión a la abjuración en Vasconcelos

COMO la desilusión de la Revolución

Mexicana es uno de los torcedores más decisivos de los últimos treinta años de su vida, la explicación habitual es la de que su posterior actitud antirrevolucionaria obedeció al fracaso de su candidatura presidencial de 1929, en la que fuera vencido por la máquina oficial del callismo que postulaba al oscuro Pascual Ortiz Rubio.

A la manera de un Fidel había querido ser Presidente para realizar la Unión continental y derrocar a los dictadores. Hablando de Alaman dirá más tarde que fracasó porque no es en las Secretarías y las posiciones subordinadas donde el gran hombre puede hacer su tarea nacional, sino desde la cúspide del poder público. El no quería fracasar así, pero en su aspiración al instrumento con que no fracasara, cuando el odio de aquel sombrío Calles, que él llamaba "El Turco", se le cruzó en el camino, tuvo que aprender en carne propia (dirá más tarde también) que la vida colectiva parece un juego de rufianes: permite todas las trampas, pero todos se juntan para apalear a quien se atreva a denunciarlas.

Las causas de la desilusión revolucionaria son, sin embargo, más objetivas que todo lo que permitiría inferir la interpretación de un hombre sin juda tan cargado de "protagonismo", de medular egocentrismo. En el proceso revolucionario Vasconcelos representó también el punto de vista de las clases medias ilustradas, los postulados de un vilipendiado sector social dotado, no obstante como ningún otro, de un arbitral sentido de los diversos intereses que concurren en una comunidad; provisto de un equilibrado apego a los valores que pueden "ahorrarse" en la forzosa dilapidación que es todo proceso revolucionario. Como lo supieron Batlle, Vargas y Perón, y como tal vez tenga que aprenderlo Cuba en estos tiempos, no existe en Iberoamérica transformación social profunda sin concurrencia de las clases medias, con lo que cabe decir, en cuanto a México, que el fracaso personal de Vasconcelos se inscribe en un más vasto fracaso social. (Un fracaso que si se recurre a sus memorias ya puede rastrear desde su aventura convencionalista de 1915, junto al simpático Eulalio Gutiérrez y su efímera presidencia.

No se merecen profetas los pueblos que escuchan la verdad y no se apasionan por ella. Que el candidato planteara en términos personales, éticos y dramáticos, el conflicto, no destruye los contrastes objetivos que lo sustentan.

Entre ese 15 y el fatídico 29 en que se apagó su estrella, Vasconcelos representó las aspiraciones a un México equilibrado y moderno, dotado de una firme voluntad frente a los Estados Unidos y de un apostólico sentido iberoamericanista, de una generosa política social que lograra la redistribución de la tierra y el arraigo del campesinado indígena. Un México que recuperara con firmeza la cuantiosa parte del suelo nacional enajenado casi gratuitamente durante el juarismo y el porfirismo al latifundista agrario y minero del exterior. Representó la preten-

sión, en suma, a un gobierno civilizado y por ello creía que inexorablemente civil, libre y regular, con un sano sistema de opinión pública, una estructura social estable y una armonización progresiva de razas que culminara, sin desdén por ninguna, el proceso de mestización que ya el período español inició.

Pero toda verdadera revolución, para usar invertidas las palabras de Malraux, es la organización del Apocalipsis después de ser el Apocalipsis y por templeamiento, clase y educación, Vasconcelos, que vivió desde dentro los años más caóticos de la Revolución, tuvo después, cuando la estabilización comenzó, algunas dolorosas sorpresas. No había dudado cuando el subsuelo social insurgió con los movimientos campesinos de Villa y de Zapata, cuando hubo que afrontar la traición de Huerta y al mediocre compromiso del "carrancismo". Entre 1920 y 1930, en cambio (tal es su visión y la de buena parte de la inteligencia mexicana —con la posible excepción del cauteloso Alfonso Reyes) Vasconcelos vio en cambio entronizarse en el poder una ávida casta de generales que habían ganado rápidamente sus galones en años anteriores, semianalfabets y brutales que usaban como contundente arma política la liquidación física de sus adversarios y amontonaron en plazo relampagueante las fortunas más fabulosas. Su superlativo habría sido su odiado Plutarco Elías Calles, pero el tipo era abundante en todo el país, en cada estado, en cada ciudad, en cada pueblo. Con grandes alharacas nacionalistas prosiguieron la entrega del patrimonio mexicano a los intereses del capitalismo norteamericano. Fue la época en que Dwight Morrow, el embajador yanqui, gobernó México desde su casa, el "Proconsulado" según su terminología. Cada uno de aquellos generales tenía su intransferible política de poder. Esta política de poder se adornaba siempre con una nebulosa ideología, tomada del marxismo o del anarquismo, y que a cada mandón le preparaban sus serviciales "licenciados". El resultado no variaba. Fue una banda de caudillos osados e ignorantes que se creían cada uno un programa pero no pasaban de ser un problema. Todo ello importaba la utilización demagógica de las masas indígenas para servir de carne de cañón revolucionaria o de rebaño electoral. Vacío estaba el propósito, es de imaginárselo, de cualquier medida efectiva que condujera a la redención, al afinamiento, a la educación de esas masas, aunque su simple manejo deshonroso implicó, afirmaba Vasconcelos no sin alguna contradicción, la destrucción de esa clase media de la capital y los estados. De esta clase media hispano-criolla daría el testimonio pormenorizado y nostálgico en sus "Memorias"; allí destacaría su discreción, su sobriedad, su laboriosidad, su alarconiana capacidad para los matices.

★ El "poinsetismo"

En la creciente temperatura de una requisitoria impicable y explayada en muchos volúmenes, se fue acuñando la idea central que ha de marcar toda su ideología futura. Es la tesis del "plan Poinsett" (activo embajador yanqui en los países del sur, hacia 1825). El "poinsetismo" es para Vasconcelos el plan

que los Estados Unidos siguió implacablemente durante un siglo. Tenía un solo fin: la subordinación de los países hispanoamericanos y México, ante todo, a los Estados Unidos. Atacaba dos resistencias: la estructura socio-racial hispánica de nuestras naciones y la fe católica como aglutinante espiritual de la sociedad. Ambas constituyen la espina dorsal de nuestra subsistencia; contra ambas, el "poinsetismo", además de la conquista militar cuando vino a cuento, había usado dos armas clásicas: la penetración del protestantismo y sus misioneros y el logro de grandes concesiones de tierra, subsuelo y transportes, a los intereses privados anglosajones. También, hacia 1920, Vasconcelos creía que el "poinsetismo" utilizaba un tercer instrumento, más poderoso y difícil de filiar. Era el de los señuelos ideológicos: un anticatolicismo puesto al día, un marxismo, ya literal ya deformado, y sobre todo, al indigenismo. Un indigenismo más estético que efectivo; un indigenismo concebido como un racismo al revés y dirigido, primero contra lo español, después contra lo criollo y por último contra lo mestizo.

La "inversión copernicana" con que Vasconcelos categoriza esas tendencias es justamente la de hacerlas instrumentos de la penetración imperialista, la de convertirlas en medios que los propios estados capitalistas y burgueses no tienen escrúpulo en utilizar para vacunarnos contra toda veleidad de fortaleza, contra todo ejercicio del reflejo defensivo.

No nos ha sido fácil este esquema de un poinsetismo al que su autor apeló en variadísimos textos. No corresponde discutir la realidad de un plan que para Vasconcelos cumplió primero el liberalismo mexicano, el reformismo juarista al debilitar la acción y la fortuna de la Iglesia en beneficio del capitalista extranjero y el misionero protestante, un plan al que dio cumplimiento después irresponsable en sus aspectos económicos Porfirio Díaz y terminó por instrumentar a una Revolución que comenzó siendo mejicana. Menos corresponde dilucidar la autenticidad del proceso de percepción histórica que lo llevó a su descubrimiento, es decir: si la intelección del poinsetismo le condujo a una revaloración de las entidades y fuerzas que él atacaba o si, por el contrario, una transformación de sus opiniones históricas, sociales y religiosas le llevó a acuñar su famoso plan, como buco emisario y cohonestación de sus cambios de opinión.

No es, en cambio, de lento dilucidar, la decisiva influencia que el "poinsetismo" tendrá en el Vasconcelos historiador de los últimos tiempos, en el polemista virulento de estas dos décadas pasadas.

De cualquier manera, es seguro que las páginas de "La Tormenta", "El Desastre", el "Proconsulado" y la "Breve Historia de México" ocuparán un lugar distinguido en la literatura hispanoamericana del odio. Así como a García Moreno o a Ignacio Veintemilla los conocemos más por Montalvo que por ellos mismos; y a Juan Vicente Gómez y al "gomezolator" por Rufino Blanco Fombona, no es imposible que futuros americanos conozcan a través de Vasconcelos, a Calles, a Carranza y a los mandatarios del "pelelismo" como aquel Abelardo Rodríguez, el "pochó" elegido Presidente de México por sus méritos en el "baseball" y su buen inglés.

Existe toda una familia de interpretaciones de la historia que consisten en el juego de los sucesos el resultado de decisiones tomadas en la sombra por pequeños grupos de hombres. Se imaginárselos en los sótanos de las ligas, suele imaginárselos en los despachos de las sociedades anónimas, en las sobremesas de los "happy few", frente a los mapas de los Estados Unidos, en la media luz de los despachos en que se trama la política del mundo. Llega a ser del curso de los hechos una percepción de novela policial: es una clandestina, sólo visible en algunos momentos, en algunos explosivos resultados.

Dentro de este linaje de interpretaciones de la historia otra, más extrema, prolonga esas decisiones sobre largos trayectos del tiempo y las personalidades (las hipostasias) en naciones, clases, grupos, ideologías. Les presta un saber, un querer, un prever persistentes, e inamovibles, exentos a todas las variantes del contexto histórico, de las ideales ambientales y hasta de la composición social misma de los equipos decisores. Con estos superlativos de conciencia, deliberación, personalidad, continuidad, secreto, explica los fenómenos del mundo y descifra el cauce, aparentemente azaroso, de los destinos de los pueblos.

Algunas de estas interpretaciones suelen arrastrar también la existencia de un séquito, de un elenco subordinado que, fuera de los centros de deliberación, cumple con la misma conciencia, la misma frialdad, el mismo secreto, las decisiones de lo alto. La figura repudiada del "vendepatria" puede valer por un ejemplo de este corolario de la tesis.

Este tipo de pensamiento —nada extraño al antimperialismo hispanoamericano, pongamos el caso— fragua en las entidades de Wall Street, o la City, o el Foreign Office, o Roma, o las ligas, o el Kremlin, o el Plan Poinsett (hasta Ithamaraty). Así el pensamiento religioso e histórico acuno las masas impersonales, todavía de la "Apostasía" o la "Leyenda Negra".

Tales interpretaciones suelen provocar la animadversión burlesca o la virtuosa indignación de los historiadores profesionales. Suelen atraer, en cambio, con la felicidad de descifrar "the files in the carpet", al militante, al preocupado, al simple lector inteligente. Las dos actitudes traban un pleito que a la postre podría fallar, y menos aquí.

Porque ese pleito implica un cuidadoso calibre de lo que cabe llamar "voluntades institucionales" en la historia, las condiciones de su "lucidez" de su permanencia. Implica un debate entre los factores visibles de los sucesos: entre lo grueso, lo que ocurre en la calle, a la luz del día y el sol, y el alcance de ciertos grupos más o menos oligárquicos. Implica una negociación cuidadosa a lo que se debe al juego mecánico de las fuerzas y los intereses y lo que se debe a los actos deliberados, conscientes, en puntos libres. Implica, por fin, si sólo debe existir para el investigador los hechos instrumentados documentalmente, inversales o si hay —y empujan— el cielo y la tierra, más cosas que aquellas que para el hisotriador postumamente existen. Implica fallar si la presencia prudentemente fundada, de desgracia no tiene nada que hacer para que la historia no se nos convierta en un deslavazado, apenas congruente.

El hecho es —salvada esta discusión— que el "plan Poinsett" arrastró a Vasconcelos a una labor de revisión histórica que cumple en los últimos años y cuya sentido no es difícil imaginar. Desde Cortés hasta el fracaso de su candidatura (se proclamó a sí mismo Presidente legal) que remata su "Breve Historia de México" (1936), todo el pasado de su país fue reordenado de acuerdo a los nuevos patrones.

Con su acostumbrada incesante actividad Vasconcelos exaltó entonces la obra misional y administrativa de España en América; dibujó al modo pitarquiano, y en abierto desafío al indigenismo, la personalidad de Cortés; subrayó el Bolívar cristiano y universal de los últimos años. Como en un hecho a menudo en el Platé, interpretó las Guerras de la Independencia y la secesión superviniente como un fenómeno de guerra civil creado por el quiebra del Imperio español y no por un estado de mofarización interna precipitado, como era de esperar, por España y los Estados Unidos ansiosos de repartirse sus despojos. El proceso había comenzado con la destrucción de la "Invencible Armada" (en 1588) y el

PARQUE HOTEL CASINO

ORQUESTAS  
22 a 2 horas

Jazz "RED HOTS"  
de DALMIRO GONZALEZ

TIPICA:  
ROSELIO COLL  
("Garabito")

Consumición mínima \$ 12.-

Continuado con su ciclo de presentar los mejores espectáculos, ofrece en esta oportunidad:

SABADO 12

La actuación del extraordinario conjunto folklórico

"LOS ANDARIEGOS"

En la realización de sus formidables éxitos cuyos nombres son del total conocimiento público, en los "Show" de 24 horas y 1 hora.

Evite inconvenientes, reservando su mesa por 4 71 11 y 40 23 39.

MENU DINER

21 a 24 horas

Huevos en gelatina Jockey Club.

Caldo a la madrileña

Filet de brótola "Avelino".

Pechuga de pavina rellena a la Inglesa con papas "Mirette".

Torta de Duraznos Cassata a la Napolitana.

Dos (2) copas de champagne y Café.

INCLUIDO PORCENTAJE: \$ 25.00

historiador rioplatense, (y esto desde la izquierda hasta la derecha; desde Jorge Abelardo Ramos hasta Ernesto Palacio) la tesis de Vasconcelos en lo que sigue a la independencia: insistencia en la acción imperialista, significación burguesa, antipopular y extranjerizante del liberalismo no tienen nada que suscitar, por lo menos, el asombro. En el Río de la Plata ningún historiador serio de las nuevas promociones juzga de acuerdo a las ópticas de Mitre o a las perspectivas de Acevedo y si esto no se cree repárese en la venerable "Nación" de Buenos Aires la sostenida elegía que es toda recensión bibliográfica de la literatura histórica actual. En México, por el contrario, y aunque la difusión de Vasconcelos haya sido enorme, todavía el liberalismo y su historia, si es que tomamos a Leopoldo Zea por hombre repre-

sentativo, suscita una cavilosa preocupación defensiva, lo que no dejaría de sorprender si es que ella, también, no fuera un síntoma.

● *Tres cantos para Ulises*

AUNQUE no valga más que como ejemplo, la trayectoria tobia de Zea, por cuanto su temática es tan común con la de Vasconcelos, es reveladora de la lesión que sufrió el magisterio de Vasconcelos en las casi tres generaciones que le siguieron. Todo lo anterior es ya bastante transparente para inferir las actitudes con las que él mismo irá quemando en los veinticinco años últimos, el caudal de su prestigio indiscutido de 1925. Con posiciones a contrapelo de las que la "intelligentsia" hispanoamericana adop-

(Pasa a la Pág. 10)



éxito

al servicio del tallerista

# INAUGURAMOS

desde el Lunes 14

Un NUEVO LOCAL destinado exclusivamente a  
Exposición y Venta de:

**REPUESTOS - HERRAMIENTAS - PINTURAS  
TAPICERIA - MAQUINAS - ACCESORIOS**  
para el automóvil



Una bien dispuesta organización atendida por personal activo y especializado, está a las órdenes de todos los Talleres de Reparaciones de Vehículos Automotores.

*Tomen nota; ahora también*

**CLERICETTI & BARRELLA S.A.**

en Cerro Largo 1038/42

entre Julia H. y Obes y Río Negro - Tel: 8 47 77

**AL SERVICIO DEL TALLERISTA**

Cómodamente ubicado en el corazón de la zona del automotor.

Fácil desplazamiento y libre estacionamiento de vehículos a cualquier hora del día.

**CLERICETTI & BARRELLA S.A.**

Rincón 729

# LA REVOLUCION Y SUS BEMOLES

Viene de Págs. centrales) tara jugó, a lo gran señor, y la perdió, su investidura de "Maestro". No tuvo nada de interesada y sí hasta mucho de suicida, esa limpia voluntad de desavenencia que le ató a la coyunda burocrática de una Biblioteca Nacional y a la abrumadora labor periodística que necesitaba para vivir, cuando se contemporáneo Alfonso Reyes empezaba a disfrutar los réditos de su elegante enajenación a la peripezia mexicana. Su sufrimiento, su fracaso cívico ha quedado en alguna frase quemante: **Hablar esterilmente, sin que la palabra se consuma en acción es un tormento, por lo menos del purgatorio.**

A riesgo de ser machacones, repitamos que del "poinsetismo" salió su franquismo de 1936, ya que para Vasconcelos el bando republicano resultaba similar al can de generales revolucionarios y caciques sindicales empeñados en descaracterizar a México con el marxismo y el indigenismo. Calles valía por Mija, Villa por Durruti y Lombardo Toledano por Alvarez del Vayo o la "Pasionaria". El fascismo y el comunismo eran para él dos fenómenos gemelos de una misma descomposición: ("Qué es la Revolución" (1936); "¿Qué

es el comunismo?" (1937). De la percepción del "poinsetismo" también se originó su simplista germanofilia de 1939-1945, clamorosamente exhibida en la revista "Timón" y que, si estamos a cierto "Libro Blanco", no dejó de contar con alguna simpatía de Lázaro Cárdenas. Debíó de parecerle eficazísimo el lejano Hitler (y este es el juicio más grave que pueda hacerse de esos desventurados años de su vida) prometiendo aplastar las naciones que movían el plan poinsetista y barrer de la tierra los instrumentos: marxismo, indigenismo, que el "poinsetismo" manejaba.

Concluida la Guerra con el entronizamiento de los Estados Unidos como primera potencia mundial, la postura de Vasconcelos experimentó una última inflexión ya que, a lo que creemos, en ella ha muerto. Desde 1945, el mexicano consideró que la última palabra del realismo político consistía en admitir aquel hecho, admisión que se engranaba en su convicción más vasta de que el mundo penetra en la época de los Imperios. También se imbricaba con la creencia de que los Estados Unidos, obligados por las alianzas y afinidades que esa primacía les imponen, han debido abandonar los instrumentos

del "Plan Poinsett" (indigenismo, anticatolicismo) que por gravitación natural pertenecen desde ahora a su rival soviético.

Archiva así su anticapitalismo sobre el que todavía en 1945 se recoge este juicio suyo: **El capital no tiene patria como no tiene ideal. Se encuentra en el período de la piratería individual y está aguardando la socialización que lo lleve a dar frutos de progreso.** Las posiciones de su último tiempo son generalmente conservadoras, aunque no dejan de tener, como siempre, audacia y originalidad. Siendo Estados Unidos el Imperio, su cabeza debe ser conquistada por Hispanoamérica a través de dos conexiones: la militar y la religiosa del catolicismo. Con lo que resulta, que si seguimos el ya transitado esquema del "plan Poinsett" (no sugerimos que Vasconcelos lo haya seguido) una extraña operación lógica se perfila. Pues resulta que su descubridor lo abandona porque a las potencias anglosajonas que lo crearon, y a los fines presumibles que éstas siguen teniendo ya no los teme, o ya le son indiferentes, y es la sustitución de los medios —que al fin y al cabo les eran meros medios— lo que le importa ahora, lo que ha

desvanecido sus resistencias. He oído decir que, consecuente con su última perspectiva, su postrera gran ojeriza fue Fidel Castro con el que, sin embargo tantos puntos en común tenía, no sólo en ideas como ya destacué, sino especialmente en su sinceridad quemante y en todo el desmedido estilo personal.

En esto estaba el Ulises criollo cuando le llegó la muerte. Claribel Alegria, su devota amiga, tiene en su poder una carta de la hija, que la narra. No la conozco; no sé si desgraciadamente. Porque prefiero imaginarlo recibíendola con la misma serenidad que el Maestro Rodrigo Manrique; su madera tenía y sus mismas razones de fortaleza. Prefiero imaginarlo viendo su trayecto mundano como lo vemos hoy nosotros: firme en su contorno entero. Considerando que, si usara una conocida antítesis de D'Ors, cada escala de su vida es "anécdota" y sólo el curso entero de ella, "categoría". Y pensando como nosotros que él fue un limpio espectáculo. Y creyendo, como nosotros, que lo representó cabalmente, con total devoción americana, con algunas fértiles ideas que le han de sobrevivir.

CARLOS REAL DE AZUA

UNA  
INSTITUCION  
BANCARIA  
AL SERVICIO  
DE SUS  
CLIENTES



Nuestras normas de prudencia y seguridad inspiran la confianza pública. El desarrollo de la Institución, acorde a esa norma de seguridad y prudencia, es riguroso y permanente.

Nuestros servicios son eficientes y la organización, en permanente evolución, facilita a la clientela la realización de sus negocios.

Le invitamos a abrir su cuenta o consultarnos sus necesidades bancarias.

Será eficientemente atendido.

**Banco Mercantil**  
**del Río de la Plata**

CASA CENTRAL ZABALA 1532

12 AGENCIAS EN MONTEVIDEO 8 SUCURSALES EN EL INTERIOR